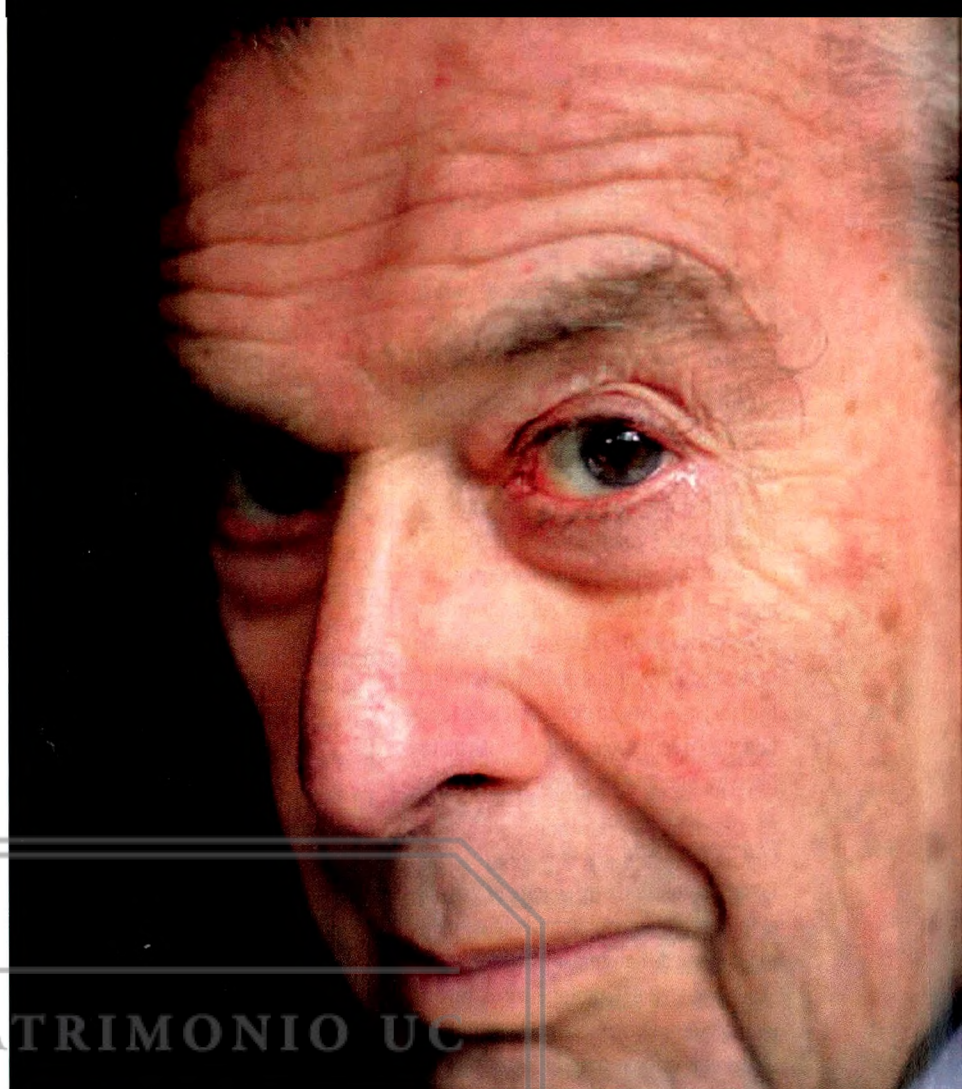


Estaba adelantado a su contexto histórico dicen muchos. Académico, arquitecto y político sin dobles discursos, de gran intuición y dueño de una lucidez que propiciaba un humor cargado de ironía. Así era Fernando Castillo Velasco, el cuatro veces Alcalde de La Reina, primer y único Rector de la Pontificia Universidad Católica que fue electo por la comunidad universitaria y un artista con una imperiosa necesidad de justicia social que hasta el mismo día de su partida trabajó en el taller que tenía habilitado en su casa. A un año de su muerte su figura sigue creciendo y recibiendo homenajes de la ciudadanía tan potentes como el cambio de nombre que se prepara para la Avenida Larraín al suyo, un hecho cargado de simbolismo y agradecimiento de la comunidad que marcó a fuego con una de sus grandes obras, Villa La Reina.

Su viuda, Mónica Echeverría, y su hija Carmen recibieron a Occidente para comentar los hechos que marcaron la vida del arquitecto que sufrió el exilio y que a la primera oportunidad regresó para ser, junto a toda su familia, una piedra en el zapato del dictador Pinochet.

Su llegada a la Rectoría en la UC

Fernando Castillo Velasco fue un pionero en materia de participación ciudadana. Echeverría cuenta que en medio del proceso de la Reforma Universitaria del año 1967, y luego de varias semanas de la toma de la casa central de la Católica y de la renuncia del Rector, Miguel Ángel Solar, Presidente de la Federación de Estudiantes (FEUC), visita al Cardenal Silva



Fernando Castillo Velasco:

Un hombre del futuro

Henríquez y le dice que tenían que buscar una fórmula para destrabar el conflicto.

“El Cardenal ofreció entregar una lista con ocho nombres para la rectoría, que encabezaban dos teólogos, seguido por académicos de la Universidad y el último era Fernando Castillo Velasco. Lo ponen con la idea que no lo iban a tomar en cuenta rodeado de estos profesores y académicos de renombre, e incluso dirían que ni siquiera sabían mucho quien era”.

“Los estudiantes deciden ir a ver a todos los propuestos, y el último que visitan es a Fernando. Era una delegación de 12 que no tenían donde sentarlos, y le preguntaron ¿cómo cree usted que debe ser la Universidad? A lo que Fernando respondió “ustedes me toman por sorpresa. Porque no me dicen ustedes como les gustaría, cuál sería su ideal de la Universidad”, y ahí se largaron y hablaron con el más de una hora. Luego de eso Fernando les dice que muchas de esas cosas eran totalmente plausibles, y que le interesaba mucho el punto de vista de ellos, ante lo que Miguel Ángel se paro y le dijo: “Usted es

día los consejos que eran muy intensos y donde recibía ataques muy duros. Jaime Guzmán siempre le decía “a usted le falta pluralismo don Fernando”, imagínese, el hombre que después mató el pluralismo en nuestro país”.

La experiencia marcó la historia de la FEUC, tanto así que los últimos cuatro presidentes de la Federación visitaron al ex rector en el marco de las movilizaciones estudiantiles que explotaron en 2011. Los dos últimos, Diego Vella y Nashla Aburman, han participado en sus homenajes y relevado la figura del desaparecido académico.

Urbanismo y Villa La Reina

Castillo Velasco era un reconocido arquitecto que planteó ideas constructivas muy novedosas y de corte social. La Villa Portales puede ser considerada una de sus máximas obras en este sentido, una creación que propicia el encuentro entre sus habitantes y destacada a nivel mundial por su funcionalidad y eficiencia. Pero para su hija Carmen, lo que verdaderamente marcó la vida fue la Villa La Reina, una solución habitacional revolucionaria para los más pobres: “Al poco tiempo que es nombrado alcalde de La Reina (1964 por Eduardo Frei Montalba), se sale el canal San Carlos, y salimos todos a ayudar a los damnificados. Ahí vimos la pobreza de las poblaciones callampas que habían a lo largo de todo el canal y al día siguiente, después de pasarse la noche recogiendo niños en el desastre, plasmó una obra que debería ser un ejemplo de auto construcción de pobladores, en un terreno en el centro de la comuna y no en la periferia”.

“Convocó a alumnos de arquitectura y debió ir al Senado a discutir por el terreno que cobijaría a



Villa Portales.

1600 familias y que fue construido por ellos. Los ladrillos se construyeron con sus manos, entonces no fue un gesto de compasión de arriba hacia abajo, no era caridad, era un mecanismo de superación de la pobreza. Fernando decía “ustedes tienen manos, tienen inteligencia, construyamos juntos”, y así aprendieron oficios, de albañiles, constructores, eléctricos, de canalizadores, y hoy si vas a la Villa La Reina, los hijos y nietos de esos fundadores son hoy día profesionales”.

Para Carmen Castillo Echeverría, el carácter de esta obra estaba mucho más allá del simple asistencialismo: “Fue mucho más revolucionario que el contexto ideologizado de esa época. La visión humanista, la confianza en el otro, el deseo imperioso de justicia social y la necesidad de hacer cosas, no para el pobre si no con el pobre, hace de Fernando el ejemplo que seguir mañana. Había una preocupación de que toda persona requiere un hogar, y la certeza de que este no puede ser el resultado del delirio estético de un arquitecto o de los recursos económicos. Eso para mi es una visión radicalmente revolucionaria”.

Para la documentalista, esta idea de como la ciudad debía ser a escala humana, al servicio de la comunidad, estuvo siempre presente en la obra arquitectóni-



Torres de Tajamar.

el único que nos ha escuchado y que no nos recibió con un discurso de una hora proclamando su propia idea. Usted va a ser nuestro elegido”.

Su viuda dice que el Cardenal Silva Henríquez siempre lo apoyó en su gestión: “Todo le pareció bien, era él quien presi-



Mónica Echeverría y Carmen Castillo

ca y urbanística de su padre. El segundo presidente después de la llegada de la democracia, Eduardo Frei Ruiz Tagle, lo nombra Intendente Metropolitano, cargo en el que desarrolla un Plano Regulador que “fue una obra maestra, pero que nunca llegó a aplicarse. En eso él también fue un visionario, porque siempre alertó públicamente de lo que significaba tener una ciudad atravesada de autopistas, hecha para los automóviles, y él siempre pensó que se necesitaba de una estructura urbana pensada para la convivencia y la solidaridad”.

Exilio y lucha contra la dictadura

El hostigamiento y persecución de la que fue víctima toda su familia luego del



Miguel Ángel Solar, presidente de la FEUC y el rector Fernando Castillo Velasco

una publicación nacida desde la Iglesia chilena. En 1982 se transformó en su Director y la publicación se enfocó en temas económicos en medio de la crisis del sector de ese año, informando a los chilenos de otra de las aristas negativas del gobierno de Pinochet que terminó por desatar el inicio de las protestas que, para muchos, desataron el proceso que terminó en el plebiscito de 1988.

Su hija Carmen es categórica: “El destierro fue un dolor muy grande para él, y a la primera posibilidad de volver lo hizo para ser uno de los pilares de la resistencia abierta y democrática contra la dictadura. El Centro Cultural Mapocho, las iniciativas políticas, la pelea contra el exilio de 1987 fueron siempre hechos con mucha trascendencia, porque estaba toda la familia detrás en la defensa de los derechos humanos”

Mónica Echeverría dice que cuando regresaron a Chile quedaron impactados por el feroz cambio que había experimentado su país: “Abandonamos Chile en un momento en que las calles siempre estaban llenas de gente, de vida, llena de colores, con los muros pintados, y al volver quedamos impresionados porque habían borrado todo y no se escuchaba ni un grito, ni un susurro”.

“Incluso cuando uno se encontraba con alguien que se sabía era de la misma tendencia, se hablaba en un tono de voz muy bajito, y se hablaba con mucho cuidado porque había mucho miedo, terror, susurro, y una ciudad muerta, sin vida”, dice.

Echeverría dice que el camino que decidieron jugar fue claro: “Decidimos que no íbamos a tirar bombas ni tirar piedras.

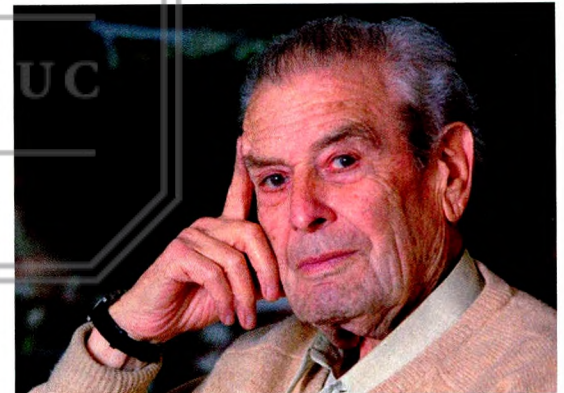
Elegimos ridiculizar a esta figura intocable que era Pinochet y él estuvo siempre en contacto con dirigentes, en acciones, su hermano mandaba constantemente información fuera del país sobre lo que pasaba acá y yo también, como cuando soltamos un chanchito vestido de Pinochet en el centro de Santiago”.

Para su hija, Fernando fue siempre un hombre con una integridad a toda prueba: “El fue un activo defensor de los derechos de las personas, y esa carta que escribí pidiendo el fin del exilio fue decisiva (1987), es un documento literario incluso que debe ser rescatado porque la memoria es fundamental para escribir el futuro. Mi padre era un hombre del futuro”.

Una muestra de esa autoridad moral la



golpe militar de 1973 termina con la pareja en el exilio. Inglaterra y finalmente Caracas, Venezuela, son su refugio hasta 1978 cuando regresa al país y se transforma en un acérrimo opositor a Pinochet, incluso desatando críticas en el seno de su propio partido político, la Democracia Cristiana, que no enfrentaba de manera tan frontal a los militares. Colabora con la revista opositora Análisis, que había sido fundada y defendida por el Cardenal Raúl Silva Henríquez, pero que con la llegada del nuevo Arzobispo, Juan Francisco Fresno, perdió el apoyo económico y la “inmunidad” que le otorgaba ser



resume en el hecho que gatilló su salida de la Intendencia en 1994: “Era el Intendente de Santiago y le pidieron autorización para una manifestación que pasaría por calle Morandé el 11 de septiembre del 94, por un costado de La Moneda, y él la autorizó. Pero luego el Ministro del Interior revocó esa medida y no permitió el paso de la marcha. Como buen político entendió que eso era una desautorización tremenda y presentó su renuncia al cargo, lo que fue aceptada. Eso es algo que no se hace ahora, porque todos se comen las humillaciones más grandes con el fin de seguir en el poder”. 